

Habiendo fallecido en Ginebra el 13 de septiembre de 1967, el General don Emilio Herrera Linares, su Presidente Fundador, el Ateneo Ibero-americano de París, inauguró el curso 1967-68 con una velada necrológica en memoria y homenaje al ilustre desaparecido, que tuvo lugar el 18 de noviembre en la gran sala del Museo Social de París.

Asistieron al acto la viuda, Da. Irene Aguilera, el hijo, Don José Herrera "Petere", celebrado poeta y escritor, los nietos, José Miguel y Fernando y otros familiares. En la Presidencia de honor figuraban el General Don José Riquelme y el Almirante Don Valentín Fuentes.

Presidió el acto el Presidente del Ateneo Don José Giner Pantoja y actuó de Secretario Don Antonio Gardó Cantero, ocupando la tribuna sucesivamente, el ex-Ministro francés Don Daniel Mayer, el ex-Ministro español Don Manuel de Irujo, el científico y técnico de aviación M. Albert Roper y Don Fernando Valera, miembro de la Junta Directiva del Ateneo.

Pocas veces el gran salón de actos del Museo Social, donde tuvo lugar la Velada necrológica, se había visto honrado con tan selecta y numerosa concurrencia. Personalidades y representaciones hispano-americanas, francesas y españolas se apiñaban en el espacioso local, permaneciendo muchos de los asistentes de pie, en torno a los asientos y al fondo de la sala, hasta la calle.

Leyó el Secretario Sr. Gardó algunos de los centenares de mensajes de adhesión recibidos de todo el mundo, siendo especialmente sentidos los procedentes de España, entre los cuales los había de humildes obreros, de religiosas, sacerdotes, teólogos, universitarios, académicos, e incluso de Generales y Jefes del Ejército.

La Radio Televisión Francesa radió en su emisión para España lo más saliente de la ceremonia y extensos pasajes de los discursos pronunciados.

Discurso del Presidente.-

Inició la Velada el Presidente del Ateneo, Don José Giner Pantoja, pronunciando las siguientes palabras que fueron escuchadas con sentidísima emoción:

Estamos huérfanos. No sólo el Ateneo, que ha perdido a su Presidente, socio fundador y miembro activo mientras no le retuvieron sus achaques, sino toda la emigración española en París y aún se puede decir que en Francia.

Aquel hombre extraordinario era con su ejemplo el amparo y la salvaguardia de todos. Su sencillez, su modestia, su tranquilidad, su trabajo constante, su buen humor, su simpatía, su fidelidad sin límites, le hicieron el modelo de todos y su nombre nos dió prestigio en la tierra extranjera y nos amparó a los españoles de todos los colores y tendencias. Nunca habló mal de nadie. A nadie de los que llegaban hasta él preguntó cual era su manera de pensar, ni que se proponía. Ayudaba y nada más. Y escribía cartas, sin medida, y buscaba la manera de empujar a todo el que estaba desamparado en medio del torbellino de París. Y aguantaba con paciencia de Job al que un día y otro se le metía por sus puertas.

27 años, día por día, ha vivido conforme a su ideal en una pequeña y modestísima vivienda franciscana al final de una escalera interminable. Jamás se quejó. El, acostumbrado a las comodidades de la vida de su alto medio social, supo adaptarse con alegría a aquella habitación simpática, em-

tre pájaros y palomas que llegaban a buscar su comida a la ventana, cuidado constantemente con el amor, la diligencia y el cuidado de su virtuosa compañera, con la que celebró no hace mucho sus bodas de oro. Ese pisito modesto y simpático, pequeño y atractivo, va a ser desde ahora uno de los lugares de peregrinación de todos los españoles. Entre aquellos muros se ha vivido la Historia de España de los últimos tiempos.

A las grandes virtudes de la vejez precedieron las que le han dado la fama y el relieve. La guerra de Marruecos de 1909 le privó de asistir a la gran alegría del nacimiento de su primogénito. Nuestra triste y terrible guerra civil le impidió el consuelo de velar a su segundo hijo, caído heroicamente en el cumplimiento de su deber.

Su otra gran virtud fue el valor. Pensad todos que él se lanzó a la aviación cuando ésta estaba aún en sus prolegómenos y no eran aviones, sino globos libres los que había que usar. Llanemos a esto la Epoca Heroica, que fue la primera que a él le correspondió. Y valgan dos ejemplos de aquella vida arriesgada, expuesta cotidianamente. Uno lo oí contar en mi casa siendo yo joven, pero no me acuerdo del año. El otro me lo contó él mismo. El primero fue en un día de eclipse total de sol. Un conocido astrónomo quiso subir con Herrera -no sé que graduación tendría entonces- para evitar las nubes y poder estudiar el fenómeno sin trabas. Efectivamente, subieron y se encontraron en medio de un torbellino y temporal de tal naturaleza que hubo que subir más y tirar todo el lastre y aún fue poco, y se vieron obligados a tirar también los aparatos que llevaban. Se salvaron por casualidad y cayeron hiriéndose ambos, de mala manera. El astrónomo nos decía a mis padres y a mí que se salvaron gracias al arrojo, a la pericia, el saber y la sangre fría de Don Emilio.

La segunda, que él mismo me contó en París, donde yo ya le he conocido, fue que salió de Guadalajara y un viento huracanado le llevó primero hacia el Este y después al Norte y fue a caer cerca de Brum, en Moravia, precisamente junto al Palacio donde había nacido la reina María Cristina.

Pobre de mí, nada puedo decir de su ciencia, ni de su personalidad en ella. Lo dejo en manos de los que me sigan y de los técnicos en la materia. Pero sí quiero decir que, a pesar de su personalidad científica, no se encerraba en su saber, sino que descendía a estar con los demás por lo mucho que todo le interesaba. Y este año, cuando yo con mi sección de Bellas Artes de este Ateneo comencé de nuevo a visitar los monumentos de París, tanto mis discípulos, como yo, recordaremos con emoción, que hasta que tuvo que entregarse, el General nos acompañó, recorriendo las Iglesias y demás monumentos de París, siempre con interés y con entusiasmo, como le ocurre a otro ilustre compatriota, su amigo y nuestro, que no cito por no ofender su modestia.

Que aprendamos todos del inolvidable Don Emilio tantas virtudes como él tuvo; que sepamos, como él, vivir y convivir con amigos y enemigos. Que miremos con respeto y admiración como supo ser fiel hasta el último momento a sus ideales y creencias políticos y religiosos.

Señora: el Ateneo está unido para llorar con usted y su familia al que nos falta. Tenga la seguridad que está a su lado en este gran dolor que es el dolor de España.

Intervención del Ministro M. Daniel Mayer.-

El Presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, M. Mayer, teniendo necesidad de tomar parte en otro acto que había sido anunciado a la misma hora, intervino inmediatamente después del Sr. Giner Pantoja, y no en último lugar, como estaba anunciado y correspondía a su alta jerarquía intelectual y política.

Pronunció una bellísima oración que lamentamos no haber podido recoger y transcribir, en la que puso de relieve la singular personalidad del General Herrera. "Muchos hombres ilustres -dijo- vinieron a la democracia y a la República por los más diversos caminos; unos por el de la ciencia, otros por el del arte, otros por el del derecho, otros por el de la revolución; Don Emilio Herrera encontró su camino en el honor militar, en la lealtad del caballero, fiel hasta la muerte a la palabra empeñada".

Intervención de Don Manuel de Irujo.- Una charla inédita del Padre Olaso.

Don Manuel de Irujo, con altas y nobles palabras, explicó la admiración que personalmente y en nombre de los nacionalistas de los diversos pueblos de España, le merecía la vida ejemplar de Don Emilio Herrera. En testimonio de ello, recitó a continuación la siguiente charla radiofónica -original e inédita- que le había enviado, para ser leída especialmente en esta Velada, el sacerdote Dr. Olaso, seudónimo radiofónico muy conocido y celebrado por los radioyentes de España, del canónigo vasco Don Alberto Onaindía.

París, 18 de noviembre de 1967.

Don Emilio Herrera, militar de paz.- Por el Sacerdote Dr. Olaso.

En reciente y amable carta me comunicaba nuestra querida Da. Irene, la Gran Dama del Exilio, que el Ateneo Ibero-Americano quería rendir un homenaje a Don Emilio Herrera, su finado esposo, el 18 de noviembre, o sea mañana sábado. Hace unas horas me ha telefoneado desde París D. Manuel Irujo recordándome ese mismo acto en honor del General y Vice-Mariscal del Aire que, entre sus numerosos títulos académicos y distinguidas condecoraciones, ostentaba con orgullo y dignidad su más noble blasón ganado a fuerza de honradez y lealtad, el de Patriarca de los Exilados. Ausente yo de París, quiero sin embargo sumarme al coro espontáneo de los buenos amigos que cantarán los méritos y glorias del caballero y gentilhombre español que sacrificó su carrera, su bienestar y su misma patria por cumplir la palabra dada, por hacer honor al juramento prestado ante el altar de su conciencia.

Confío estos renglones a la amistad de Don Manuel quien tendrá la gentileza de darles lectura ante el público reunido en los salones del Ateneo. Mis primeras palabras serán para decir a Da. Irene que, en su dura prueba de separación de su esposo, después de 58 años de vida común en un mismo hogar; en días de alegría juvenil, de sereno goce de edad madura, y en tiempos de dura borrasca y sufrido destierro en la venerable ancianidad, no está jamás sola y aislada. Todos nosotros la recordamos a Vd., la rodeamos de respeto, simpatía y afecto bien sinceros. Su vida, Da. Irene, ha quedado dislocada, pero no derrumbada. Usted es mujer de fe, su vida está bien anclada y no anda a la deriva. Y para consolarse, rumie de vez

en cuando aquellas palabras sencillas y memorables que, cara a cara a la muerte, pronunció Don Emilio ante el Capellán del Hospital en Ginebra: "Sí quiero decir algo: ¡Qué bueno ha sido Dios conmigo que me dió fe para demostrar que existe!"

Los elogios en memoria de un General deberían reducirse a relatar sus gestas bélicas, sus batallas y victorias. Pero yo nada sé de ese capítulo por la sencilla razón de que Don Emilio, que me quería como se quiere a un hijo, jamás me habló de su vida militar. Y dudo que la tuviera jamás. Pertenecía a esa ilustre galería de militares que un día me describía el Jefe del Estado Mayor de Su Majestad Británica, el Field-Marshal Festin: "Yo llegué a ser el militar de mayor rango y categoría en la Gran Bretaña porque no tengo alma militar. Es peligroso confiar una guerra a un militar que lo sea de verdad."

Don Emilio fue un hombre de paz, un hombre civil y civilizado, un sabio, un investigador, un matemático y un aviador. No le importaba que el avión o el zepelín fuera de guerra o de servicio civil. Le atraía el aire, ansiaba subir, elevarse. Vivió siempre en zonas altas, en las más sublimes capas de la honradez, de la lealtad y del sacrificio. Hasta su pisito modesto, casi pobre, de la rue Béranger tenía para él el atractivo de la altura, lejos del callejero ruido, en la atmósfera serena del recogimiento y de la paz. Fue el pionero de los primeros vuelos en España, cuando junto a su avioneta inverosímil y primitiva esperaba el primer amanecer, la primera luz de la aurora para emprender casi a ras de tierra el vuelo que bien podía terminar en catástrofe. Eran los días heroicos que prepararon el triunfo y el dominio de los aires por los 'jets' de nuestros días o los cohetes de los astronautas. En aquellas horas de inquietud, nuestra Da. Irene se paraba ante los quioscos de periódicos para tranquilizarse al no ver anunciada en primera página de la prensa la siempre temida catástrofe aérea del joven teniente o capitán Herrera. Y encomendaba a la Virgen granadina de las Angustias la suerte de su chiflado esposo. Alguna vez, una llamada telefónica del Palacio Real le informaba de parte del Rey que "Emilio está bien, y sano y salvo".

Pero no sé si al aviador no superaba el matemático. Horas antes de morir ayudaba a su nieto José Miguel a resolver un problema de matemáticas, y el joven alumno estudia arquitectura. Muchos de Vds. conocen su breve estudio matemático para probar la existencia de Dios. En tres ocasiones le confesé yo, pensando que era la última confesión. En todas esas ocasiones me acogió con su sencillez casi infantil, con su sonrisa de bondad inalterable. La segunda vez me dijo que los nacidos el año de su nacimiento sólo quedaban en vida 1,6%, y quería haber vivido hasta cerrar él el registro de su promoción a la vida. Dos días más tarde me dijo con tono de vencedor: todavía me dan una prórroga, a ver si firmo yo el cierre del libro de los de mi quinta. Este mismo año, llegué cerca de su cabecera de enfermo, y una vez más me dijo: Ya no quedamos mas que el 0,7%. Pocos somos, pero me temo que tengo que entregar a otro la pluma del registro. También de esa prueba salió adelante. Seguramente gran parte del mérito de esta nueva prórroga se debe a su médico de cabecera; pero ¿quién sabe? Creo que en esta ocasión se sintió él militar de alma y cuerpo. Oigan lo sucedido:

Don Emilio tenía 88 años y fiebre de 39 grados. El doctor le ordenó reposo absoluto, prohibió las visitas, y prometió volver la mañana siguiente. Pero entretanto estalló la guerra entre Israel y los Países Arabes. Con el estímulo de la batalla en marcha, el enfermo se levantó y se sentó

en el saloncito extendiendo un mapa sobre la mesa. Paso a paso iba siguiendo los combates con las informaciones que cada hora le daba Radio Europa. A la hora anunciada entró el médico en el piso, y quedó sorprendido y hasta malhumorado viendo a su moribundo observar, estudiar y comprobar en el mapa las noticias radiadas. "Siéntese aquí, Doctor",- dijo el enfermo- y explicó al visitante el mérito que supone el planear una batalla, pero sobre todo el llevarla a cabo con precisión y acierto. Horas más tarde le encontré con ganas de hablar. La fiebre había bajado de modo inesperado.

La víspera de su ida a Ginebra lo ví por última vez. Frágil pero jovial, cortés y sencillo, amable y respetuoso, creyente con unas gotas de rebelión y protesta, sobre todo con una confianza y un abandono total en las manos de Dios.

Voy a revelar un secreto. El cumplía sus 80 años, y el matrimonio conmemoraba los 50 años de su boda. La noble e ilustre pareja Herrera-Aguilera me dijeron un día: "Vamos a celebrar dos grandes fechas en nuestra vida. Nos confesaremos con Vd., nos dirá la Santa Misa y nos dará la comunión. No se lo diga a nadie. Solitos, sin más testigo que Dios." Yo no guardé el secreto, y se lo comuniqué a D. Manuel Irujo, pidiéndole que viniera él a ayudarme la misa, a hacerme de monaguillo. En efecto, en la Iglesia Parroquial de Santa Isabel acogí al octogenario patriarca y a su sencilla y buena esposa; les confesé; y momentos más tarde salía yo al altar precedido de Don Manuel. Oigan el comentario de Don Emilio: "Irene, que más podemos pedir, celebra la misa el Padre Olaso, y le sirve de monaguillo el Ministro de la República Sr. Irujo." Esa escena es todo un poema.

Por fin se nos ha ido nuestro gran amigo. Dios se lo ha llevado a premiarle su bondad, su honradez, su fe, su caridad. La última que yo conozco, la de hace unos meses, cuando una mañana recibió un cheque de cien mil francos antiguos que le enviaba la Academia de Ciencias de Francia, y a las pocas horas, 60.000 se remitían a un refugiado que estaba necesitado. Así era nuestro Don Emilio. Hombre de paz, se fue a morir en Suiza, en Ginebra, la ciudad de los diálogos y de la paz. Que el Señor acoja en su mansión eterna al que, si bien militar de profesión, siempre sembró el buen ejemplo y la paz entre los hombres.

Discurso pronunciado por el hombre de ciencia y técnico de la aviación francesa M. Albert ROPER.-

Madame, Messieurs,

En perdant le Général Herrera Linares, le monde a perdu un grand savant, l'Europe un homme d'Etat, l'Espagne l'un des plus éminents de ses enfants, la France un de ses amis les plus sincères et moi un homme dont j'étais fier de pouvoir me dire l'ami.

Oui, le monde a perdu un de ses grands savants, universellement connu pour ses travaux dans le domaine de l'aéronautique, pour ses prouesses d'aviateur de l'époque héroïque, de pionnier dans la construction des dirigeables et des autogyres, d'innovateur en cartographie, en météorologie, en radiotélégraphie; un homme de science pure, un mathématicien vertigineux et un précurseur dans la course à la conquête de l'espace, puisqu'il avait annoncé, et souvent défini, la plupart des réalisations auxquelles nous applaudissons aujourd'hui.

Je l'ai rencontré il y a quarante-six ans et, pendant la période d'entre les deux guerres, j'ai eu l'honneur de participer, souvent avec lui, aux négociations internationales devant régler et faciliter le développement de l'aviation civile. Il fut le Délégué de l'Espagne à la Commission Internationale de Navigation Aérienne, la C.I.N.A., dont j'étais le Secrétaire général, et j'ai pu mesurer le prestige dont jouissait le Général HERRERA et le respect que lui témoignaient les autres délégués nationaux. Sa compétence indiscutée lui assignait dans les débats un rôle de premier plan qu'il remplissait avec un brio forçant l'admiration et une simplicité qui lui gagnait tous les coeurs.

La France, ai-je dit, perd un de ses amis les plus sincères. Cela je puis l'affirmer, car j'ai été souvent son confident, ému par la profondeur de son attachement à notre pays. Cet attachement, il l'a prouvé lorsqu'obligé de fuir sa patrie, c'est chez nous qu'il a cherché refuge et s'est fixé, alors qu'il aurait pu trouver dans bien d'autres pays un exil infiniment plus confortable.

Cet exil, il l'a supporté dignement, courageusement, fièrement.

De son attitude d'exilé volontaire, j'ai été le témoin admiratif et désespéré.

Il a connu, comme nous tous, pendant la guerre et sous l'occupation, une condition misérable, de dures privations, une lutte épuisante pour subsister; il a dû accepter de besognes, intellectuelles et scientifiques, certes, mais indignes de son savoir: jamais je ne l'ai entendu se plaindre, c'est même dans les périodes les plus difficiles qu'il m'a stupéfié par son humour vengeur qui éclatait dans ses propos étincelants, dans ses écrits pétillants de verve et des dessins révélant un talent artistique étonnant.

De ses souffrances d'homme, il ne parlait jamais et pourtant il avait connu le fond de la douleur humaine quand son jeune fils, aviateur héroïque, avait été abattu en combat, dans le ciel de sa patrie, à l'âge de vingt ans.

Soutenu par son admirable épouse qui a si courageusement partagé pendant vingt-huit ans, toutes ses épreuves, le Général HERRERA n'a jamais fléchi.

D'autres exalteront son rôle politique, qui lui vaudra une place dans l'histoire de nos générations. Je veux simplement affirmer ici que les milieux aéronautique de tous les pays du monde sont en deuil du Général HERRERA.

Quant à moi, qui fus si fier de son amitié, je me recueille dans le souvenir du grand aîné que j'admirais, que j'aimais et qu'en communion avec la douleur de sa famille, je pleure aujourd'hui bien tristement.

Discurso de Don Fernando Valera.-

Seguidamente, don Fernando Valera leyó una bellísima página que El Tiempo de Bogotá había consagrado a ensalzar las virtudes y talentos de Don Emilio Herrera, cifra y resumen de las ejemplares personalidades hispanas que, a través de los siglos, se habían engrandecido sobrellevando con dignidad española las penalidades del exilio.

Y finalmente, para clausurar el acto, pronunció el siguiente discurso.

La muerte del General Herrera ha producido grandísima consternación en la España libre. De manera singular en este Ateneo Iberoamericano de París que él honró con su presidencia, prestigio y consejo desde su constitución, hace poco más de diez años, y que ha sido un hogar libre del pensamiento hispánico, en lo que tiene de universal, por encima de compromisos y servidumbres políticas.

Y por ser universal y libre, esta casa del Ateneo tenía que estar y estuvo abierta a todos los aires del espíritu, aun de los que pudieran llevar ráfagas de vendaval. Como lo estuvo aquel glorioso Ateneo de Madrid por cuya tribuna desfilaron durante más de un siglo de regímenes más o menos liberales, todos cuantos tenían algo que decir a España, con la sola condición de que tuvieran inteligencia y buenos modos: desde el autoritario y apocalíptico Marqués de Valdegamas, Donoso Cortés, (según Araquistain el pensador español que más ha influido en la Europa moderna - tanto, añadido yo, que en él estaba ya en germen el pensamiento totalitario y demagógico del siglo XX) hasta el federal don Francisco Pi y Margall, precursor a su vez de los más nobles ideales del porvenir; desde el tradicionalismo erudito de Menéndez y Pelayo, al liberalismo ilustrado de Don Juan Valera; desde Cánovas, el monárquico, a Castelar el republicano; desde Romanones, el aristócrata, a Don Fernando de los Ríos, el socialista; desde José Antonio Primo de Rivera, a Largo Caballero y a Salvador Seguí; desde Calvo Sotelo a Don Manuel Azaña.

Aquel Ateneo de Madrid, como este nuestro, no era una institución política, pero sí una escuela de ciudadanía, y por el solo hecho de serlo y de ofrecer una tribuna libre a todas las manifestaciones de la inteligencia, se convertía sin proponérselo en el exponente de la más alta política que haya existido jamás: la política de la convivencia en la tolerancia y en la libertad.

Bajo el sabio consejo y abierto espíritu de nuestro Don Emilio Herrera, a la vez hombre de ciencia y creyente, militar y ciudadano, cristiano y libre pensador, este Ateneo ha querido y logrado llenar para los ausentes de la patria el inmenso vacío que la bárbara ignorancia autoritaria y el odio ancestral han abierto en el alma española. A veces, venciendo la incomprensión de algunos compatriotas, de España o del exilio; los unos que, afeerrados a sus parcialidades, no sabían comprender que, al abrir esta tribuna a las ideologías dispares, estábamos realizando el más eficaz acto de afirmación republicana; los otros que, celosos de conservar el carácter apolítico de la institución, no se percataban de que si expulsábamos de nuestra tribuna las preocupaciones políticas y sociales, ya estábamos haciendo, sin saberlo, política, y la más vil y rastrera de las políticas, la política de la mordaza y el silencio. Porque hoy como en los tiempos infaustos del Conde Duque de Olivares, la inteligencia tiene el deber de velar por su propia dignidad, que es la dignidad del hombre, imitando la ejemplar actitud de Don Francisco de Quevedo cuando decía en su famoso mensaje al Privado de Felipe IV:

No he de callar por más que con el dedo
ya a los labios tocando ya a la frente,
silencio avises o amenazas miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

El primer deber de la inteligencia es decir su verdad, y cuando se abstiene y calla, el silencio cómplice es una manera de hacer la política de la iniquidad y de la tiranía.

El prestigio personal de nuestro Presidente, nos ha permitido sortear escollos y temporales, sin que nuestro Ateneo zozobrara, como tantas empresas españolas, en el piélago de los bárbaros antagonismos irreductibles.

Este hombre sabio, bueno y leal había logrado unificar en torno a su persona a unos españoles que estábamos condenados a la dispersión geográfica e ideológica, no por vicio o pecado de los hombres, sino por la naturaleza misma de las cosas. Pero el General Don Emilio Herrera había realizado ese milagro insólito que la historia reserva a los excepcionales varones en quienes coinciden la entereza, la bondad y la sabiduría.

Así acaeció también en este siglo de maniqueísmo con el Papa Juan XXIII, universalmente admirado en su breve pontificado y llorado a la hora del tránsito a la eternidad, por cristianos e incrédulos, orientales y occidentales, protestantes y francmasones, liberales y comunistas. Hombres de todas las sectas y facciones fundieron en un torrente común sus loas y sus lágrimas.

En la vida y en la muerte, el General Herrera quedará para siempre como ejemplo y símbolo del honor militar, de la abnegación patriótica y de la dignidad ciudadana.

No tengo yo la competencia suficiente para ponderar la profundidad de sus conocimientos científicos. Hiciéronlo a su hora con la autoridad debida la Real Academia de Ciencias de España, designándole para que ocupase el sillón que antes habían ocupado José Echegaray y Torres Quevedo; la Academia de Ciencias de Francia, laureándole y pensionándole, las Revistas Técnicas y Científicas de Europa y América que publicaron sus notables trabajos sobre aviación, astronáutica y energía nuclear.

Lo que yo puedo medir y admirar son sus cualidades humanas, su acrisolada lealtad, su insobornable espíritu ciudadano, su patriotismo incorruptible. Realizábase en él la constelación platónica de las virtudes cívicas, catárticas y paradigmáticas que caracterizan al varón perfecto.

Unas cuantas anécdotas realzarán mejor que cualquier comentario científico o filosófico las enseñanzas que se desprenden de tan larga y noble vida. La anécdota demuestra mejor la verdad de una doctrina que cualquier sistema de razones y silogismos, en cuanto que la anécdota es la vivencia histórica del pensamiento humano.

Las hazañas de Don Emilio Herrera como militar y como adelantado -pionero se dice ahora- de la aerostática y de la aviación españolas, le valieron la distinción de ser nombrado por el entonces rey de España Gentilhombre de Palacio. Don Emilio, que jamás renegó de ninguno de sus afectos, conservaba aún durante su largo destierro la llave de oro que le diera acceso a la cámara privada del soberano. Como tal gentilhombre, estaba ligado por un juramento de la lealtad a la persona de Don Alfonso XIII. Sabido es que cuando se instauró en 1931 la República, el Gobierno republicano ofreció a todos los jefes y oficiales la opción caballerosa y humana de o retirarse de los cuarteles con derecho a percibir vitaliciamente los haberes correspondientes al rango que ocupaban a la sazón en los escalafones del Ejército, o permanecer en él para seguir sirviendo a la patria, tras haber prestado juramento de lealtad al nuevo Régimen representativo de la voluntad nacional.

Don Emilio Herrera, antes de tomar tan solemne decisión, hizo entonces lo que no se le ocurrió, que yo sepa, a ningún otro militar, singularmente a ningún otro gentilhomme de palacio: plantearse el conflicto de las lealtades consultando la situación con Don Alfonso.

"Señor; yo estoy ligado por un juramento de lealtad a Vuestra Majestad. Para seguir en el Ejército he de comprometer mi palabra de honor de ser leal a la República. Yo no puedo hacerlo, si antes Vuestra Majestad no me libera de mi anterior juramento, porque un hombre de honor no tiene dos palabras".

"El soldado no sirve al rey, sino a la patria", le contestó caballerosamente el soberano. "Yo te libero, pues, de tu juramento. Permanece en el Ejército, y sigue sirviendo lealmente a España."

"Bien entendido", replicó el General Herrera, "que si yo presto mi palabra de honor de servir a la República, le seré tan fiel como lo he sido y como lo habría seguido siendo a Vuestra Majestad."

Y he aquí como, en cumplimiento de la más alta virtud del soldado, la caballerosidad, la fidelidad hasta la muerte a la palabra de honor empeñada, Don Emilio Herrera, a partir de 1931, durante la guerra civil y a lo largo de casi treinta años de destierro, ha compartido las aspiraciones, el heroísmo, la gloria, la tragedia y la derrota de la República española, como maestro, guía y ejemplo de la gloriosa aviación republicana que desde 1939 se bautizó a sí misma con el significativo nombre de LAS ALAS PLEGADAS.

Uno de sus hijos fue voluntariamente a la lucha y a la muerte, en combate imposible con la aviación italo-alemana de Franco, y sus abrasados restos mortales yacen, si no se calcinaron al sol, insepultos en tierras de España. El otro, el poeta José Herrera "Petere", ha sobrevivido para cantar con estrofas pindáricas la epopeya a que inmolaron su padre una vida ejemplar y su hermano una muerte heroica.

Su oposición tesonera al régimen franquista y a su Caudillo, era incommovible, precisamente porque estaba enraizada en las más nobles virtudes de su carácter: en su ciencia, en su patriotismo, en su lealtad de caballero. Y no seríamos justos, si al honrar a un militar aviador, fallecido en este campo del honor que es el exilio, olvidásemos de manifestar en vida nuestro cariño, respeto y admiración a estos otros dos caballeros de la lealtad que honran hoy nuestra presidencia de honor, a estos dos venerables ancianos, el General Don José Riquelme, gloria del Ejército español, y el Almirante Don Valentín Fuentes, gloria de la Marina de Guerra. (El público, puesto en pie, tributó una prolongada ovación, que duró varios minutos, a los señores Riquelme y Fuentes).

Pasara lo que pasase, Herrera no podría perdonar jamás a sus compañeros de armas que hubieran arrastrado por el cieno de una victoria inmerecida -sangre, barro y lágrimas- la virtud esencial del soldado: la fidelidad a la palabra de honor jurada, o dicho en términos jurídicos, el acatamiento a los poderes legalmente constituidos, por la voluntad soberana de la Nación.

Nada ni nadie podría redimirles en esta vida -la victoria tampoco- del pecado original de haberse sublevado contra el régimen legítimo de la nación, desatando la guerra civil con su catarata inevitable de crímenes horrendos, cuya responsabilidad recae enteramente, no sobre el pueblo que la padeció, ni sobre el Gobierno que no pudo o no supo evitarla, sino sobre los rebeldes que se la impusieron.

A sus ochenta y ocho años de edad y tras una vida intensa y plenamente lograda, su muerte no podía ser ya una sorpresa para nadie; lo que acrecienta nuestra pena, es que haya tenido lugar ausente de una patria a la que por tan alta manera había amado y servido. Durante estos prolongados años de exilio, el General Herrera vivió como había vivido el gran Machado, "soñando caminos", soñando caminos que todos llevaban a España.

Y Don Emilio Herrera -como Don Niceto Alcalá Zamora, como Don José Ma. Semprún, como Monseñor Vidal y Barraqué, Arzobispo de Tarragona, como Don José Antonio de Aguirre, Presidente de los vascos, como tantos otros ilustres exiliados- era católico practicante. "Murió como un santo", nos decía su esposa, Doña Irene, modelo de damas españolas, si su esposo lo fue de caballeros cristianos. Ha muerto como lo que era.

En la Iglesia de Ginebra donde se celebraron los funerales, por voluntad de la familia no había sobre el túmulo mas que una corona: la ofrendada por el Gobierno de la República en Exilio, en nombre y representación de todos los ciudadanos libres de la España Errante y de la España Silenciosa. Un ejemplo, una enseñanza, un símbolo más, de como pueden hermanarse, con universal respeto de creyentes e incrédulos, la Iglesia y el Estado, la religión y la ciudadanía.

En el cementerio, para no turbar la solemnidad del rito religioso, permanecimos mudos los ciudadanos que acompañábamos el féretro a la morada de su eterno reposo. Los creyentes musitaban en silencio sus oraciones; los incrédulos le dedicaron un fervoroso recuerdo que, por estar impregnado de amor, era también una plegaria. Y sobre su tumba se podrá escribir un día, como sobre la del Cardenal de Cataluña, también muerto en exilio, un epitafio que recoja las palabras con que se despidió de este mundo el gran Papa reformador Gregorio VII: HE AMADO LA JUSTICIA Y ABORRECIDO LA INIQUIDAD, POR ESO MUERO EN EXILIO.

=====